

# Opinión

JOSÉ MANUEL PÉREZ



## Profetas

La indignación por la publicación de caricaturas del profeta Mahoma en los periódicos de algunos países europeos ha llevado a multitudes de creyentes a incendiar las embajadas de estos países, a declararles la *jihad* o guerra santa y a lanzar *fatwas* o sentencias de muerte contra sus dirigentes. Periódicamente, fruto de este mismo integrismo, algún escritor es condenado a muerte por impiedad o blasfemia: el más famoso es Salman Rushdie. Ahora que arden los símbolos de algunos de los países más permisivos y democráticos del mundo —países que acogen, por cierto, a montones de inmigrantes musulmanes— y nos debatimos entre la alianza y el choque de civilizaciones, no es mal momento para recordar que uno de los principios de la democracia es la separación entre la Iglesia y el Estado y que uno de los pilares de

### Alianza o choque de civilizaciones

nuestro sistema educativo es la educación en valores como la tolerancia y la pluralidad cultural. Con ese criterio, por hacer caricaturas del Papa, del Rey o del propio Dios (que nadie sabe cómo es), dibujantes como Máximo o los autores del *Guiñol*, habrían sido ejecutados en nuestro país; Kazantzakis y José Saramago habrían sido lapidados por emparentar a Jesucristo con María Magdalena y nadie en su sano juicio los anatematiza o condena. No todas las personas ni todas las ideas merecen respeto pero, incluso siendo respetables, no tienen por qué recibir ni personas ni ideas sumisión absoluta. En democracia las libertades civiles deben ir siempre por delante de las prescripciones religiosas y la de expresión es una de las libertades más valiosas porque preserva de dogmatismos y dictaduras. La civilización no admite la barbarie pero los pueblos incultos son fáciles de fanatizar por líderes sin escrúpulos o iluminados que nos retrotraen a la edad de los profetas, sean Moisés, Jesucristo o Mahoma.

## Pedagogía de barrio

JUAN CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ  
MAESTRO

Los padres tienen problemas con la educación de sus hijos, los maestros pagamos los errores de los padres y, tanto unos como otros, nos sentimos a veces impotentes ante estos pequeños tiranos. Mientras la pelota de «quién es el responsable de este problema», va pasando de unos a otros sin que los niños sean educados correctamente. Y a todos nos interesa su educación pues estos niños de hoy, a parte de los problemas que ocasionen en el presente, serán en un futuro muy próximo buenas personas o manadas de sinvergüenzas que alterarán nuestra sociedad, y ello depende en gran medida de nuestra labor.

Los padres van educando con «zig zageos», pasando del grito al abrazo sin fundamento ni conocimiento. La mayoría de ellos viven con un complejo de culpabilidad por el poco tiempo de calidad que dedican a sus hijos, por ello se sorprenden cuando en el colegio les informan de sus actitudes. Para sobrellevar este complejo de culpabilidad, los padres reaccionan comprando de todo a sus hijos —pero olvidan que a los hijos no se les compra—, o defendiéndoles frente cualquier frustración escolar.

¿Qué es lo que falla? Probablemente todos tengamos una parte de responsabilidad, pero hoy prestaremos atención a la labor de los padres. La gran mayoría no saben cómo educar a sus hijos, pero tampoco tienen medios para saber cómo hacerlo; los buenos libros sobre educación no suelen estar a su alcance, ni por tiempo ni por conocien-

tos, por ello se hace necesario difundir: una «pedagogía de barrio» que haga frente a la «pedagogía del marujeo», necesitamos extender unas «recetas sobre educación» fáciles de asimilar por los padres que equilibren una serie de creencias erróneas sobre educación que pasan de boca en boca cuajando como verdades universales.

Y los maestros estamos en una posición ideal para ser una vía de transmisión de esta «pedagogía de barrio». No esperemos que sean los psicólogos ni los pedagogos los que lo hagan, aunque probablemente muchos de ellos estarían más capacitados, pero somos nosotros junto con los pediatras los que tenemos un contacto más directo con los padres.

La «pedagogía del marujeo», a la que opongo mi «pedagogía de barrio», es aquella que recoge todo el cúmulo de malos hábitos pasados de boca en boca, y otros de nueva cosecha: con una bofetada se arregla todo, mimos sin ton ni son, educación a gritos, aparcamientos en TV y videoconsolas, para ser buen padre tengo que defender a mi hijo frente a los maestros, no puedo con mi hijo ya desde los 3 años... Esta «pedagogía de marujeo», se convierte a veces en la pedagogía del péndulo, pasando del consentimiento total a la bofetada, creando un desconcierto total en el niño.

La «pedagogía de barrio» debe acercarse con palabras asequibles a todos, aspectos como: el éxito de la educación reside en un equilibrio entre cariño y normas, pero

► Cuide las necesidades que tenga su hijo: sueño, alimentación, cariño, diálogo, tiempo de calidad con él, sino pronto se llevará sorpresas.

► Sea un buen modelo que imitar, los niños aprenden más de lo que ven que de lo que oyen. Recuerdo a una madre diciendo al niño: «pero eres tonto, ¿por qué le has insultado?». No digamos a un niño que no se pega pegando y no se grita gritando. Los niños no son de una determinada forma «por casualidad»...

► Si da un cachete a un niño aprenderá: «si estás furioso, pega». Pegar a un niño es reconocer nuestra impotencia.

► No culpen a los otros de la mala educación de sus hijos. (Un día un sobrino mío rompió un tiesto, y empezó a decir «por tu culpa por tu culpa», cual fue mi sorpresa al salir y ver que estaba solo, entonces empezó a decir «uy, uy, uy.» En muchos casos nuestros hijos son los generadores de broncas y no las víctimas). El primer paso para mejorar la educación de su hijo es reconocer y aceptar cómo es.

► Los niños necesitan padres siempre, y no se debe dejar de serlo ni a los 12, ni a los 14 ni a los 18. Sobre todo nos necesitan en los momentos difíciles.

► Hágale notar frecuentemente las cosas que hace bien.

► Hay cosas que no se negocian, hay que cumplirlas. Las normas deben ser claras. Les cuesta aceptar los límites si saben que a nosotros nos cuesta imponerlos.

► Su hijo es el mejor del mundo, si rompe una norma, hay que enseñarle, pero sigue siendo el mejor. El enfado no excluye el amor.

► No ceda ante todo lo que le pida su hijo, ni le compre todo lo que se le encapricha. Si le damos todo a un niño, le intoxicamos.

► No vale tener paciencia durante 10 minutos y perderla en el 11, es como conducir bien toda la vida y distraernos en un segundo y tener un accidente.

► El castigo para ser eficaz debe ser inmediato, equilibrado (no una descarga emocional) y que entienda el niño por qué se le castiga. No obstante hay otras maneras de corregir conductas como obviar, reforzar lo positivo, premiar... que tienen mejores efectos.

► Dejar que el niño se valga por sí mismo. Principio de negligencia benigna: dejarle cometer sus propios errores.

► Hablarles con frases cortas, evitar los sermones, cuanto más hablamos menos nos escuchan.

► Centramos en la necesidad del niño y en la nuestra, más que en parecer buenos padres. Cuando estamos en público sentimos una presión adicional acerca del comportamiento de nuestros hijos que ellos saben utilizar.

► Darle oportunidad de rectificar y saber hacer las paces.

► No exagerar el peligro cuando no es para tanto, les sembramos miedos.



NURIA GIRALTA

hay que saber cuándo, cuánto y cómo de cada uno de ellos se debe aportar, es decir no se puede dar cariño a un niño que la acaba de liar en el colegio y ha sido corregido por el maestro, ni ser demasiado severo con un niño que sus llamadas de atención demandan cariño. Otros aspectos serían: